

escondiéndome por la noche, porque de noche quedamos expuestos á todo, sin poder ejercer la vigilancia que tenemos de día, y en el día, trabajando en nuestros quehaceres siempre con sobresalto. De manera que no son cuentos los que le referimos á usted; no son invenciones del miedo. Son verdades, y se las referirá á usted todo el mundo.

En el instante en que el prefecto acababa de hablar, doña Antonia, cansada de esperar que concluyese la conversación, se hizo anunciar por conducto del secretario de la oficina, diciendo que tenía un negocio muy urgente que comunicar tanto al prefecto como al comandante.

—Que entre, — dijo el prefecto.

Doña Antonia se presentó llorando y desesperada.

—¿Qué le pasa á usted, doña Antonia?—preguntó el prefecto con interés.

—¡Qué me ha de pasar, señor prefecto, una gran desgracia! que mi hija ha sido robada anoche.

—¡Su hija de usted! ¡Manuelita! ¡la muchacha más linda de Yautepec! — dijo el prefecto, dirigiéndose al comandante, que se volvió todo orejas.

—Sí, señor, Manuela, ¡me la han robado!

—¿Y quién, vamos, diga usted?

—¡El Zarco! — exclamó furiosa doña Antonia, — ¡ese gran ladrón y asesino!

—¿Ya ve usted, señor comandante?—dijo el prefecto, sonriendo con malicia. — No anda tan lejos

como usted creía; todavía está por aquí robándose muchachas, después de haber robado y asesinado en la Cañada.

—Pero ¿cómo ha sido eso?... diga usted pronto, señora, — dijo el militar levantándose.

Doña Antonia refirió los hechos que ya conocemos. Nicolás fué llamado á declarar lo que sabía, y no hubo ya duda de que, en efecto, el Zarco había sido el raptor.

—Y bien, ¿qué quiere usted ahora que se haga?

—Señor, — respondió la anciana en actitud suplicante, — que usted haga perseguir á ese bandolero, que le quiten á mi hija, y yo daré lo poco que tengo si lo logran. Que la traigan viva ó muerta, pero ha de ser pronto, señor; pueden encontrarla muy cerca de aquí, en Xochimancas, que es donde el Zarco tiene su madriguera. Ya sé, señor prefecto, que usted no tiene tropa, ni gente de quien disponer para eso; pero ahora que está aquí este señor militar con su tropa, puede prestar este servicio á la justicia y á la humanidad.

—¿Qué dice usted, comandante? — preguntó con sorna el prefecto.

—¡Imposible, señor prefecto, imposible! — repitió con resolución; — yo tengo orden de continuar mi marcha para Cuautla, como que se trata de escoltar á un señor muy amigo del señor Presidente D. Benito Juárez, que tiene que ir á México. Ya usted com-

prenderá que cuando no he podido continuar la persecución de ese malvado ayer, y por causa de un robo y de asesinatos, menos he de poder entretenerme en ir á buscar una muchachuela por esos andurriales... ¡Bah!... ¡bah!... déjenos usted en paz, señora, ya se contentará la niña con el bandido ese, ¡no tiene remedio! ¡La tropa del gobierno no puede perder el tiempo en andar rescatando muchachas bonitas! Además, yo no conozco bien estos terrenos.

—Pero yo sí los conozco,—dijo Nicolás,—y si el señor prefecto lo dispusiera, algunos amigos míos y yo acompañaríamos á la tropa del gobierno para guiarla y ayudarla en sus pesquisas.

—Pues si este muchacho tiene algunos amigos que lo acompañen, supongo que armados, ¿por qué no va él á hacer la persecución?—preguntó el comandante.

—Porque sería lo mismo que sacrificarnos inútilmente,—respondió Nicolás.—Mis amigos y yo seremos á todo rigor diez, y los bandidos á quienes podemos encontrar en Xochimancas pasan de quinientos ó por lo menos son trescientos; ¿qué podríamos hacer diez contra trescientos? Moriríamos estérilmente. No así yendo la tropa del gobierno, porque tiene más de cien hombres, y además los que iríamos de aquí, que estamos bien armados y que, apoyados por la tropa, serviríamos de algo. Conocemos caminos por los que lograríamos sorprender á los plateados.

—Pero, ¿toda esa pelotera y ese empeño por una muchacha?—dijo el comandante, que no se dejaba convencer.

—No, señor,—repuso indignado Nicolás;—no sería nada más por la muchacha, porque se lograrían otros fines que son de mayor importancia. Se lograría acabar con esa guarida de malhechores que tienen azorado el distrito; se lograría tal vez matar ó coger á los asesinos á quienes persiguió el señor comandante ayer y antier inútilmente; se les quitaría el robo, se les quitarían los demás robos que tienen guardados allí, se libertaría á los hombres que tienen plagiados hace tiempo, y el señor comandante cumpliría con su deber, restableciendo la seguridad en todo este rumbo. Yo creo que hasta el Supremo Gobierno se lo agradecería.

—A mí nadie me enseña mis deberes como soldado,—respondió el comandante con los ojos centelleantes de cólera, y comprendiendo que no podía contestar de otro modo á las razones del joven.—Yo sé lo que debo hacer y para eso tengo superiores que me ordenen lo que crean conveniente. ¿Quién es usted, amigo, para venir aquí á imponerme leyes y á hablarme con ese tono?

—Señor,—dijo Nicolás, encarándose con dignidad al comandante,—yo soy un vecino honrado del distrito; soy el encargado de la herrería de la hacienda de Atlihuayan, y el señor prefecto sabe que he pres-

tado no pocos servicios cuando la autoridad los ha necesitado de mí. Además, soy un ciudadano que sabe perfectamente que usted es un jefe de seguridad pública, que la tropa que usted trae está pagada para proteger á los pueblos, porque no es tropa de línea, consagrada exclusivamente al servicio militar de la Federación, sino que es fuerza del Estado despachada para perseguir ladrones, y ahora precisamente le estamos proporcionando á usted la oportunidad de cumplir con su comisión.

— ¡Usted qué sabe de eso, don cualquiera, ni qué tiene usted que gritarme aquí ni qué leerme la cartilla, ni quién le ha dado á usted facultades para hablarme en ese tono! ¿Quién es este hombre, señor prefecto? — preguntó el comandante en el paroxismo del furor, con los bigotes erizados y poniendo mano en el puño de su pistola de Colt, que llevaba ceñida á la cintura.

— Este muchacho, — respondió el prefecto palideciendo, porque temió algún desmán del soldadote, que, como todos los de su ralea, era un gran insolente con los hombres honrados y pacíficos, — este señor es, en efecto, un vecino muy honrado y muy apreciable que ha prestado muy buenos servicios á los pueblos y que es muy estimado de todos.

— Pues no le valdrá todo eso de nada para evitar que yo lo fusile, — dijo el comandante; — yo le enseñaré á faltar al respeto á los militares.

Nicolás se cruzó de manos impasible y contestó sin arrogancia, pero con un acento frío y altivo:

— Haga usted lo que quiera, señor militar, usted tiene allí su fuerza armada. Yo estoy solo, sin armas y delante de la autoridad de mi población. Puede usted fusilarme, no lo temo, y ya lo estaba yo esperando. Era muy natural; no ha podido usted ó no ha querido perseguir ó fusilar á los bandidos á quienes era necesario combatir arriesgando algo, y le es á usted más fácil asesinar á un hombre honrado que le recuerda á usted sus deberes. Es claro... esto no será glorioso para usted, pero es lo único que puede y sabe hacer.

— ¿De manera que usted cree que yo me valgo de la fuerza para castigar la insolencia de usted?

— Así lo creo, — repuso Nicolás, siempre cruzado de brazos y con su acento frío y seguro.

— Pues se equivoca usted, amigo, — gritó el comandante. — Yo no necesito de la fuerza armada para castigar á los que me insultan. Yo sé corregirlos hombre á hombre.

— ¡Sería de ver! — respondió Nicolás, con una ligera sonrisa de desprecio. — Y precisamente, — añadió, — por aquí cerca de Yautepec hay algunos lugares bastante solitarios en que podía usted dar pruebas de valor. Deje usted aquí á su tropa, montaremos á caballo los dos y nos iremos juntos á escoger el sitio á propósito.

—¿Sí, me desafía usted?—preguntó el militar, lívido de rabia.

—Yo acepto, señor comandante. Usted ha dicho que es muy capaz de castigar á los que le insultan, hombre á hombre y sin valerse de la fuerza. Yo acepto y estoy dispuesto, con iguales armas y donde á nadie favorezca más que su propio valor.

—Bueno,—dijo el comandante,—ahora verá usted si soy capaz.

Y saliendo precipitadamente de la pieza, gritó á varios soldados que estaban por ahí:

—¡Hola, sargento, préndanme ustedes á ese pícaro y ténganlo en el cuartel con centinela de vista! Si se mueve, mátenlo.

—¡Bonita manera de arreglar las cosas hombre á hombre!—murmuró Nicolás, mirando al comandante con un gesto de profundísimo desdén.

—¡Ahora verá usted si me echa bravatas, insolente!

—Pero, señor comandante,—dijo el pobre prefecto, interponiéndose en actitud suplicante,—dispense usted á este muchacho; es un exaltado, pero es hombre de bien, incapaz de cometer el más mínimo delito.

—¡Cállese usted, señor prefecto del demonio,—replicó el militar, furioso como un energúmeno,—cállese usted ó también me lo llevo! Para eso nada más sirven ustedes las autoridades de aquí, para dar

alas á los zaragates. ¡Ya verá usted si hago otro ejemplar! Llévenselo, llévenselo,—dijo á los soldados que se apoderaron de Nicolás, el cual no hizo ninguna resistencia, contentándose con decir al prefecto:

—No ruegue usted, señor prefecto; deje usted que hagan lo que quieran, pero no humille usted su autoridad.

Sin embargo, el prefecto comprendía que aquel militar fanfarrón y cobarde era capaz de cumplir sus amenazas.

Por aquel tiempo y en aquellas comarcas, tales hechos no eran, por desgracia, sino muy frecuentes. Los bandidos reinaban en paz, pero, en cambio, las tropas del gobierno, en caso de matar, mataban á los hombres de bien, lo cual les era muy fácil y no corrían peligro por ello, estando el país de tal manera revuelto y las nociones de orden y moralidad de tal modo trastornadas, que nadie sabía ya á quién apelar en semejante situación.

Las autoridades locales eran autoridades de bur-las en las poblaciones, y cualquier militarillo, por inferior que fuese, se atrevía á ultrajarlas y á humillarlas.

El infeliz magistrado de Yautepec no pudo hacer otra cosa que reunir al Ayuntamiento, que se reunió, en efecto, con gran temor, no sabiendo qué deliberar. Además, el prefecto envió inmediatamente aviso al

administrador de la hacienda de Atlihuayan, quien en el acto montó á caballo y se dirigió á galope á Yautepec, acompañado de los dependientes principales de la hacienda, con el objeto de procurar la libertad del honrado herrero.



XIV

Pilar

En cuanto á doña Antonia, desde el principio del altercado de Nicolás con el comandante, viendo el giro que tomaba aquel asunto y comprendiendo, en fin, que no tenía que esperar nada de las autoridades y que, por el contrario, iba á cometerse una gran